

Pregón de Semana Santa en Viveiro, 2006

Manuel Sánchez Monge
Obispo de Mondoñedo-Ferrol

Imo. Sr. Alcalde, Sr. Presidente de la Junta de Semana Santa, Hermanos mayores y miembros de nuestras Cofradías, queridos sacerdotes, fieles y amigos todos de Viveiro.

Hay en la mariña lucense un lugar privilegiado por la naturaleza, me refiero a la ciudad de Viveiro. Si se la contempla desde la ermita de San Roque un día de sol el espectáculo del que se puede disfrutar es sin duda maravilloso. Pues bien, para este lugar y sus habitantes la fiesta más importante del año es la Semana Santa, en ella se dan la mano, el fervor religioso y el esplendor artístico. Por otra parte se cuida con esmero armonizar las celebraciones litúrgicas y las procesiones, tratando de conceder a cada una el valor que realmente le corresponde.

Para encontrar los orígenes de la Semana Santa vivariense hay que remontarse a la presencia de los mendicantes, franciscanos y dominicos, en la Edad Media. Los actos de la Semana, si no quieren vaciarse de contenido profundo, si no quieren convertirse en puro folklore, han de mantener a toda costa el contacto vital con las raíces de la fe cristiana, de donde surgieron y que les otorgan permanente vitalidad. Por unos días las calles de la ciudad se convierten en auténticos santuarios y las gentes van y vienen sin cesar para participar o contemplar la maravilla de sus procesiones. Estas se convierten en valiosas catequesis plásticas cuando se hacen, como en Viveiro, con fe y devoción cristianas.

Habéis tenido la gentileza de encargarme el Pregón de la Semana Santa y un pregón, como bien sabéis, es un discurso elogioso en el que se anuncia al público la celebración de un fiesta con la finalidad de animar a participar en ella. Es más, un pregón no se puede decir en voz baja. Sería completamente ridículo. Ha de alzarse la voz hasta que se convierta en grito porque conviene que todo el mundo se entere de la fiesta. Me cabe, pues, el honor de convocaros a

la Semana Santa de 2006 y, dentro de ella, al triduo pascual en que conmemoramos la pasión, muerte y resurrección de nuestro Salvador Jesucristo. Curiosamente en ese Triduo, y dentro de las celebraciones litúrgicas, existe un Pregón, en la noche de la Vigilia Pascual, en que se canta con alegría desbordante:

*“Exulten por fin los coros de los ángeles,
exulten las jerarquías del cielo, y por la victoria de
rey tan poderoso/
que las trompetas anuncien la salvación/
Goce también la tierra, inundada de toda
claridad,
y... se sienta libre de la tiniebla.../
Alégrese también nuestra madre la Iglesia,
revestida de luz tan brillante”*

(Vigilia Pascual, Pregón)

De modo que no hay duda: aunque mis palabras sean torpes, traigo no sólo buenas noticias, sino la gran noticia: os anuncio que la Semana Santa está ya muy cerca. Dios nuestro Padre nos permite de nuevo celebrar el Misterio Pascual de su Hijo, el inefable, el siempre sorprendente, el continuamente nuevo, el único, el que nunca agotamos por mucho que lo celebremos.

Nuestras comunidades cristianas se disponen ya a la celebración, nuestras Cofradías tienen preparado todo lo necesario para la gran fiesta y vibran estos días con particular emoción. Hacéis posible que, hasta el ambiente, nuestras calles y nuestras plazas se llenen de recogimiento, fervor y piedad. Para que toda esta intensidad gane vitalidad es necesario que todos los cofrades participéis en las celebraciones litúrgicas, que es donde se hace presente el Misterio Pascual de Nuestra Redención, en toda verdad y con toda realidad, superando la mera representación. Es lo mejor y más importante que podéis hacer. Vivid



FOTOGRAFÍA: JOSÉ MANUEL PALEO FERNÁNDEZ

con intensidad estos días. Y luego, lo que celebráis en los templos, llevadlo a vuestras casas, sacadlo a nuestras calles en las procesiones. Que todo quede marcado por esos misterios santos. Que los desfiles procesionales sean silenciosos, meditativos, aptos para la contemplación y la plegaria. Liturgia y procesiones forman un conjunto de impresionante belleza, fruto granado de la fe cristiana que conmueve profundamente y por igual a cuantos vivís en esta ciudad y a cuantos os visitan cada vez en número y calidad más abundantes.

Valoro más cada día los desfiles procesionales desde el respeto a los sentimientos de tanta gente sencilla que ante una imagen de Cristo o de su Madre se estremecen y vibran con alegría o con pena, formulando siempre en su interior algún propósito bueno desde su corazón arrepentido. ¿Quiénes somos nosotros para convertirnos en jueces puritanos de la fe del pueblo cristiano? La pasión, la muerte y la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo sólo se pueden vivir desde un corazón enamorado y sacrificado. Penetramos en la entraña de nuestras hermosos desfiles procesionales, que vienen ser como

su continuación y que poseen un valor religioso indudable.

Como decía al comienzo de este Pregón, no os anuncio una fiesta cualquiera: no se trata de las fiestas patronales, donde el bullicio y la exterioridad predominan normalmente. Estoy pregonando la celebración de unos hechos que sucedieron más o menos entre el año 30 y el 33 d. C., y que bien pueden ser considerados como hechos históricos, aunque sean narrados por los evangelistas a la luz de la Resurrección. Sucedieron una única vez. Es verdad, pero justamente la Resurrección de Cristo transformó esos hechos de simples sucesos históricos, cuya memoria se hubiera difuminado con el tiempo, en acontecimientos que traspasan el tiempo y el espacio, perdurando hasta hoy llenos de vitalidad y de gracia redentora.

“La Resurrección de nuestro Señor Jesucristo –declaraba san Agustín– caracteriza la fe cristiana. Que naciera hombre como todo hombre en un tiempo dado, pero también Dios de Dios y Dios fuera del tiempo; que naciera en nuestra carne de muerte, y en la semejanza de nuestra carne de peca-

do; que se hiciera pequeño, que superase la infancia, que llegase a la edad de hombre maduro y viviera en ella hasta la muerte: todo esto preparaba su resurrección... Si ignoran que nació de una Virgen, sus enemigos, como sus amigos, creen que Cristo nació hombre; sus enemigos, como sus amigos, creen que Cristo fue crucificado y que murió. Pero sólo sus amigos creen en la resurrección. ¿Por qué? El Señor, Cristo, sólo quiso nacer y morir en la perspectiva de su resurrección, y es en ésta noche donde ha definido nuestra fe”.

Algunos pueden pensar que la Resurrección es un mito o un fanatismo. Nade de eso. La Resurrección de Jesús hizo que los sucesos de los últimos días de Nazareno pudieran ser “conmemorados”, es decir, pudieran romper el tiempo y suceder de nuevo, pues Cristo desde la eternidad nos permite participar en su vida gloriosa por su Cuerpo resucitado.

Si de verdad conmemoramos estos acontecimientos, no podemos conformarnos con ser meros espectadores, como si de una representación teatral se tratara. La Semana Santa es nueva cada año; y nuestras procesiones no pueden ser desconectadas de los que conmemoramos, porque de lo contrario sería algo vacío de contenido, y se mantendrían por inercia o por pura estética, pero no llegarían a perdurar en el tiempo.

La pregunta que quema siempre en nuestros labios es: ¿sufre hoy Jesús su pasión, y su muerte? “La pasión del Señor”, escribió San León Magno hace muchos siglos, “se prolonga hasta el fin del mundo”. Esa apreciación cambia mucho las cosas. ¿Dónde está agonizando hoy Jesús?, podemos preguntarnos. En muchísimos lugares y situaciones de los seres humanos, con los que el Hijo de Dios se hizo solidario al encarnarse. Pero fijemos nuestra atención en una sola de ellas: los pobres. Cristo está clavado en la cruz de los pobres, de los niños y mujeres maltratados, de las víctimas del terrorismo, de los inmigrantes que murieron en el mar sin poder alcanzar el soñado paraíso. Para vivir la Semana Santa de verdad hagamos que entren los pobres en nuestra carne. Pero ¿qué puedo yo hacer con los pobres, yo que quiero vivir la Semana Santa y salgo en

procesión para encontrarme con ese Cristo no sólo tallado en madera, sino vivo en los hermanos necesitados? Ámalos, que es tanto como decir, respétalos, reconoce su dignidad. En ellos brilla –precisamente por la falta de otros títulos y distinciones– con una luz más viva la dignidad radical del ser humano. Y trata de anunciarles la Buena Noticia. También ellos tienen derecho a saber que Dios les ama por encima de todo y de todos. Y socórrelos, porque hoy no basta con la simple limosna. El Papa Juan Pablo II nos convocaba al final de su vida entre nosotros a practicar la caridad con imaginación; haría falta una movilización coral de toda la cristiandad para liberar a millones de personas que mueren de hambre, de enfermedades y de miseria. Esta sería una manera digna de honrar la Cruz de Cristo.

¡Vivamos la Semana Santa con la mayor intensidad! Y para ello preparémosla con mimo y con esmero; con preparación personal y espiritual de cada uno de nosotros, los que en la Semana Santa queremos presentarnos como cristianos de cuerpo entero. Hagamos nuestros los sentimientos de Cristo Jesús en su pasión y vivamos con Él la alegría de su resurrección porque ha vencido al pecado y a la muerte. Cuando se preparan con la meditación frecuente de la Palabra de Dios, la oración, los ejercicios de piedad, la celebración del perdón de los pecados, ¡de qué manera tan distinta se pueden vivir nuestras procesiones y cómo estás mismas pueden reforzar nuestras vivencias de fe!

Resulta impresionante el *Domingo de Ramos* ver a Cristo bendiciendo a niños y mayores desde la borriquita y repartiendo el alimento de la vida en el misterio de la Eucaristía. ¿Compartiremos con los niños hosannas que llenen no sólo el Domingo de Ramos, sino también el Viernes Santo y la Noche Pascual, para vitorear a Cristo Jesús, vencedor del pecado y de la muerte?

Por la tarde discurrirá por las calles de la ciudad la procesión del Ecce-Homo, de gran tradición franciscana.

La “Tamborrada” del *lunes santo* convoca a la ciudad para las grandes celebraciones que se acercan.

El *martes santo*, las mujeres organizan su “Camión da Cruz”, con la Virgen de la soledad, viva encarnación de tantas mujeres engañadas, maltratadas, explotadas y marginadas... en el vía crucis de cada día de este mundo nuestro.

En la noche del *miércoles santo*, el Cristo de la Agonía recorre las calles en el “Vía crucis de hombres”, perenne recuerdo de que el Señor sigue cargando con una cruz que no es suya, que es nuestra, la cruz de nuestras infidelidades y desobediencias al Dios que nos ama hasta entregarnos a su Hijo. La pasión lo va llenando todo y el ejercicio del Vía Crucis, como vemos, ocupa el primer lugar de la escena.

Jueves Santo es desbordamiento de amor. En la Misa de la Cena del Señor estudiamos la asignatura troncal del amor a Dios y del amor fraterno. El Cuerpo de Cristo entregado por nosotros y su Sangre preciosa derramada por nuestra salvación, nos ayudan a entender en el silencio de adoración ante el Monumento hasta dónde ha sido capaz de llegar el amor “excesivo” de Dios por los hombres. Buena ocasión para meditar serenamente la primera carta

encíclica que nos acaba de regalar el Papa Benedicto XVI y que se titula como bien sabéis: “Dios es amor”.

Podremos contemplar en las dos procesiones de la tarde la Sagrada Cena que desfila por nuestras calles hecha imagen y paso para que podamos hacer memoria de tantos olvidos del que cada domingo, nuestra pascua semanal, viene a nosotros, viene a los suyos y los suyos no le reciben. Forman parte de la procesión de la Última Cena los pasos del prendimiento, “la oración del huerto”, “la flagelación”, y el “Ecce-homo”, popularmente conocido por “el Cristo de la caña”. Todos ellos nos recuerdan la verdad de los sufrimientos de Jesús en toda su crudeza. La pasión de Cristo no fue una simulación o una concesión a la galería. ¿Alguien es capaz de resistir esa mirada de dolor y de serenidad de Cristo atado a la columna? Pedro no resistió y por sus mejillas corrieron las lágrimas del arrepentimiento por el hecho de sus abominables negaciones; creo que tampoco nosotros. Por fin la presencia de La Dolorosa nos pondrá ante los ojos que María, la Madre de Jesús, no abandonó a su Hijo en los momentos en que

NUEVO ESTANDARTE DE LA ILUSTRE COFRADIA DEL ROSARIO — FOTOGRAFÍA: JOSÉ MANUEL PALEO FERNÁNDEZ



todos abandonaron y huyeron. Permaneció con El junto a la cruz y, uniendo su dolor al suyo, fue capaz de colaborar en la redención de los hombres.

A la llegada de la noche recorre su tradicional itinerario la procesión del Prendimiento organizada por la Hermandad del mismo nombre con la colaboración del “Nazareno dos de fora”, la cofradía que agrupa a los nacidos en Viveiro que viven lejos de su ciudad.

Viernes Santo es día de penitencia y sacrificio. Es el día del despojo de Cristo. Cuando nada más podía darnos, nos da su cuerpo llagado por nosotros. En el amanecer del Viernes Santo la plaza mayor se convierte en una catequesis viviente al celebrar el encuentro de Jesús con su Madre. Las palabras del predicador se mezclan con las imágenes en movimiento para hablarnos de un Dios que no tiene apariencia de hombre y que carga con nuestras injusticias y pecados. La Virgen María aparece por una calle estrecha. No sólo llora por su hijo muerto, inocente y santo, sino por los pecados de la humanidad. Juan, el discípulo valiente, permanece al lado del Señor recordando la cena del día anterior. La Verónica, sin miedo al ridículo, limpia la sangre del rostro de su Maestro.

*Para empañar tu rostro dolorido,
para enjugar tus sangres y sudores,
una mujer te tiende, entre temblores,
el velo de su amor más encendido,
copiado en una sábana de amores.
Señales de tus rasgos redentores
quedarán rescatadas del olvido.*

*Oh Señor, agobiado por el peso
de la Cruz y el dolor de mis pecados
que vas, por nuestro amor, hacia la muerte
Deja en mi corazón tu rostro impreso,
tus sufrimientos en mi amor grabados
para quererte más, para quererte.*

(J. M.^a Fernández Nieto)

En la mañana del Viernes Santo, el atrio de Santa María del Campo se convierte en un templo

donde el silencio tan sólo se rompe para seguir escuchando el relato de la Pasión. La emoción alcanza cotas inusitadas cuando el Cristo de las caídas vuelve a bendecir al pueblo entero de Viveiro. Es imponente el cruce de miradas entre la Virgen de los Dolores y su Hijo; resulta impresionante el abrazo de descubrir su misterio en el camino ordinario y doloroso de su humanidad, hasta percibir su fulgor divino manifestado definitivamente en el Resucitado glorificado”: he ahí “la tarea de todos los discípulos de Cristo” (Juan Pablo II, RVM. 9).

A las doce de la mañana, en la iglesia de S. Francisco, todos somos convocados a meditar y a revivir los momentos postreros de Jesús con el Sermón de las Siete Palabras. El templo se llena de gente y se convierte en un Calvario curioso e impresionante, donde las imágenes de Cristo, palabras convertidas en madera, penetran en nuestros espíritus invitándonos pedir perdón y a perdonar para escuchar así de los labios de Jesús: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

Después de la acción litúrgica, comienza la procesión del descendimiento, popularmente conocida como el desenclavo. Conserva vivo todo el sabor de la tradición franciscana de la Semana Santa.

A las siete treinta de la tarde, la cruz procesional del siglo XVI abre la procesión del Santo Entierro. María Magdalena, S. Juan y los cuatro ángeles portando los atributos de la Pasión escoltan a la Virgen de la Soledad que luce un magnífico manto de terciopelo negro.

Somos convocados en la noche del Viernes Santo por todas las Cofradías a la procesión de la Pasión. Es como si quisieran poner ante nuestros ojos todo el dolor de nuestro Redentor, con cuyas heridas hemos sido salvados del sinsentido y del absurdo. De la sangre y del agua, que brotan se su costado, hemos nacido a la vida nueva, a la vida de Dios. Las imágenes nos proporcionan toda una experiencia religiosa para padecer espiritualmente con Cristo, que es algo más que simples emociones. Convirtamos nuestra palabra en oración para reconocer ante el Crucificado con el famoso soneto de todos conocido:

*No mueve mi Dios para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno, tan temido,
para dejar por eso de ofenderte.*

*Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.*

*Muéveme, al fin, tu amor y en tal manera,
que aunque no hubiera cielo yo te amara
y aunque no hubiera infierno te temiera.*

*No me tienes que dar porque te quiera
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.*

Donde abunda la emoción es en el Sermón de la Soledad y durante la procesión del mismo nombre o “Dos caladiños”, en que la Virgen, la Verónica y San Juan, arropados por una multitud de fieles encendidas, recorren nuestras calles en medio del más

impresionante silencio y recogimiento. Un silencio que sólo se quiera para cantar a la Dolorosa la salve popular. Cantamos a María que ha sabido sufrir con dolor contenido y sereno para darnos paz en nuestras tribulaciones y desconsuelos.

EN TUS MANOS COBIJADO

*Déjame, Soledad, que te acompañe,
pues grande, más que el mar, es tu quebranto.
Deja que la amargura de tu llanto
con mis manos la achique yo y la empañe.
Déjame, Soledad, que tu agonía
sea yo quien la viva y la padezca,
que, junto a ti, mi soledad merezca
el dulce alivio de tu compañía.*

*Recuerda, Soledad de soledades,
que fuiste confiada a mi cuidado
por tu Hijo en el trance de su muerte.
El me fió también a tus bondades.
Toma mis manos, Soledad doliente.
Yo me quedo en las tuyas cobijado.*

(Joaquín Luis Ortega)

ESTANDARTES EN LA PROCESIÓN DEL VÍA LUCIS — FOTOGRAFÍA: JOSÉ MANUEL PALEO FERNÁNDEZ



¿Todo acaba aquí? En el Sepulcro de Cristo yacente no acaba la Semana Santa. La Noche Pascual proclama la resurrección de Cristo, su luz resucitado es repartida y por nosotros recibida. La Iglesia canta estremecida de emoción y de alegría: “¡Oh noche dichosa! ¡Oh culpa feliz, que mereció tal Redentor! ¡Oh amor del Padre, que para rescatar a los siervos entregaste al Hijo! ¡Oh noche que sólo tú conociste la Resurrección!” ¡Qué enorme farsa sería todo lo vivido en la Semana Santa si Cristo no hubiera resucitado! De esa vida nueva vivimos, la esperanza es cierta: “Es verdad, ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Pedro”. De esa verdad vivimos, y por esa vida estamos dispuestos a dar la nuestra. Se explica, pues, que, en la mañana de Resurrección y nos deseemos la paz. Por fin, despediremos la Semana con la procesión del Vía lucis para cantar la alegría de resucitados.

¿Cansa pregonar? No cansa, hermanos. Pero hay que acabar e insistir en que Cristo vive de nuevo su pasión, su muerte y su resurrección; Jesucristo

anhela nuestra reconciliación con Dios nuestro Padre y con nuestros hermanos. Es condición indispensable para incorporarnos de nuevo a la comunidad de la vida santa. Él es el perdón viviente. Él no sólo ha perdonado la culpa, sino que ha restaurado la verdadera justicia. Ha destruido lo más terrible que se había acumulado en la humanidad, cargando sobre sus espaldas la deuda que había de pesar sobre nuestras espaldas de pecadores.

Pero no lo olvidemos: vivimos de la obra redentora de Jesucristo. “Redención” no significa solamente un acontecimiento que sucedió antaño a nuestro favor, sino que constituye, desde entonces, el núcleo mismo de la existencia cristiana. Vivimos de la obra redentora de Jesucristo, que ha de ir penetrando cada día nuestra vida de cristianos y debe adquirir en ella un peso real. No podemos ser redimidos sin que el espíritu de la redención actúe cada vez más en nosotros. No podemos disfrutar de la redención sin contribuir a la de nuestros hermanos □

PROCESIÓN DEL VÍA LUCIS EN LA PLAZA MAYOR — FOTOGRAFÍA: JOSÉ MANUEL PALEO FERNÁNDEZ

